

“Por México y sus Universidades”: el *Puño* del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO) en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 1962-1964

Mario Virgilio Santiago Jiménez

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
Ciudad de México - México
mariovsjimenez@gmail.com

Denisse de Jesús Cejudo Ramos

Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad de México - México
denisse.cejudo@gmail.com

Resumen: El trabajo analiza el periódico *Puño* publicado durante la primera mitad de los años sesenta por el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), agrupación católica anticomunista que operó durante más de dos décadas en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Se argumenta que el contenido de la publicación muestra una serie de ideas sobre la universidad, los estudiantes y los opositores, que se distancia de la violencia física característica de la agrupación y matiza el ideario radical de sus militantes como una estrategia de acercamiento a la comunidad estudiantil.

Palabras clave: UNAM. Derechas. Universidad. Anticomunismo católico. Movimiento estudiantil. Politización estudiantil.

Introducción

Durante los primeros años de este siglo, en México, se publicaron investigaciones periodísticas en las que se abordaba la historia de una o varias agrupaciones católicas aparentemente vinculadas entre sí. De acuerdo con esos trabajos, desde los años treinta del siglo XX se habían gestado y desarrollado organizaciones juveniles católicas “violentas y radicales”, “fuerzas de choque” que querían controlar a la universidad y que, por tanto, representaban a la extrema y ultra derecha. Esta condición los condenaba al uso de juramentos de secrecía y mecanismos como la creación de “grupos de fachada” que operaban públicamente en distintas universidades (DELGADO, 2003, p. 29; GONZÁLEZ R., 2003, p. 60). Los dos grupos públicos más conocidos fueron el Frente

Universitario Anticomunista (FUA) que actuó en la Universidad de Puebla desde 1955 hasta inicios de los setenta y el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO) que hizo lo propio en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) entre 1962 y los años ochenta.

Lo cierto es que aunque los trabajos aportaron mucha información novedosa producto de investigaciones rigurosas, eran tributarios de una interpretación que comenzó en 1964 cuando el semanario *Crucero* publicó una serie de reportajes en los que dio a conocer que el MURO era verdaderamente un grupo de fachada para proteger una estructura de organizaciones católicas secretas (CRUCERO, 1964). Manuel Buendía, el director del semanario, continuó la exploración del tema durante los siguientes años y publicó cuantiosa información en sus columnas que aparecían semanalmente en prensa de circulación nacional, consolidando la idea de que este grupo y la estructura de la que formaba parte eran la versión local de la ultra o extrema derecha, equivalente al fascismo mexicano (BUENDÍA, 1984). Cabe agregar que, de forma paralela, se construyó la versión de los militantes de organizaciones estudiantiles —que confrontaron y fueron agredidos por los muristas— y cuyos relatos trenzaban historia, memoria y rumores.

Lejos de desdeñar los trabajos periodísticos, reconocemos su rigor y capacidad para identificar fuentes de información y revelar una serie de elementos ocultos, pero es claro que sus objetivos son descubrir y denunciar, mientras que los trabajos desde las ciencias sociales aspiran a comprender el fenómeno y situarlo en un contexto sociohistórico específico. Sin embargo, en múltiples referencias académicas sobre el MURO se percibe la repetición de supuestos y el uso poco reflexivo de términos con limitado potencial explicativo.

Ejemplo de esto es la investigación *Génesis, desarrollo y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM (1930-1990)* de Hugo Sánchez Gudiño, basada en su tesis para obtener el grado de doctor en ciencia política. En ese extenso y detallado trabajo, el autor dedica un subapartado al MURO, grupo que ubica dentro del “porrismo¹ fascista” y cuyos integrantes son definidos así: “militantes de tiempo completo, fanáticos de corazón ardiente y cerebro en llamas dispuestos a golpear, vejar,

¹ El término hace referencia a los grupos de choque financiados por autoridades universitarias y de gobierno para confrontar a organizaciones estudiantiles, que eran disfrazados de grupos de animación deportiva conocidos como “porras”.

humillar e incluso asesinar a otros seres humanos por la causa [...]” (SÁNCHEZ, 2006, p. 212)

Esta visión del “otro” se complementa con una síntesis histórica basada en documentos policiacos, testimonios orales, literatura de diverso signo y trabajos periodísticos como los de Buendía. Pero el vínculo no queda ahí, pues para caracterizar a la agrupación transcribe casi literalmente el primer reportaje de *Crucero* en 1964 — sin citarlo—, y llega al extremo de afirmaciones un tanto aventuradas como la siguiente: “En ella [sociedad secreta] se encontraban importantes funcionarios de la UNAM [...], así como del gobierno federal interesados en combatir y desacreditar a los grupos estudiantiles de tendencias izquierdistas que actuaban en el campus universitario.” (SÁNCHEZ, 2006, p. 219)

Aunque no es extraño encontrar referencias al MURO en diversos textos sobre el activismo estudiantil de la UNAM como el de Sánchez Gudiño, son contados los trabajos que se concentran enteramente en dicha organización. Este reducido universo se puede agrupar a partir de sus abordajes: aquellos que estudian al grupo como expresión de la derecha universitaria en el marco de la guerra fría o los “largos años sesenta” (GUERRERO, 2012; HERRÁN, 2015; PENSADO, 2014); y los que hemos pensado el fenómeno como parte del activismo católico radical con expresiones en espacios estudiantiles (ALCÁNTARA, 2016; SANTIAGO, 2015). En todos estos casos, con mayor o menor éxito, se evidencia la intención de reconstruir y explicar el caso del MURO desde distintos ángulos utilizando un espectro de fuentes similar al de los periodistas: documentos desclasificados de instituciones eclesiásticas y policiacos, testimonios orales, literatura de diverso signo y prensa. En ésta última destaca el uso reiterado del periódico *Puño ¡Para golpear con la verdad!* órgano informativo de los muristas que ha servido generalmente como apoyo para reafirmar ideas sobre el carácter ideológico del grupo.

En este punto destacan dos trabajos que han analizado *Puño* como parte de la prensa estudiantil: el artículo de la académica Silvia González M. (2011, p. 296) donde describe el escenario de las publicaciones universitarias de los sesenta como plurales e imaginativas, pero *Puño* aparece dissociado del campo al adjetivarlo como “un instrumento de agitación y propaganda donde no había lugar para la reflexión y el análisis, mucho menos para la cultura”; y el trabajo de Blanca Esthela Torres (2009; 2011, p. 144) que limita los temas abordados en el rotativo al “anticomunismo y la defensa de la religión cristiana y las buenas costumbres”. No sobra mencionar que, en

ambos casos, se percibe un análisis limitado de la fuente, condicionado por los supuestos expuestos en las versiones periodísticas.

En diálogo con los trabajos referidos, la presente propuesta parte de dos supuestos. Primero, que la trama tejida entre la memoria militante y los trabajos del periodismo de investigación ha sido recuperada por visiones académicas que conciben a los muristas como entes externos e incluso ajenos a la universidad, sin capacidad para establecer comunicación con otros actores políticos, irracionales, fanáticos, reactivos y, en síntesis, ejemplos de la ultra o extrema derecha. En ese sentido, su historia sólo sería parte de una larga lista de intervenciones externas en el ámbito universitario y, por extensión, un elemento legitimador de las historias sobre los “verdaderos universitarios”. Desde nuestro punto de vista, esta lectura que concibe a la universidad como un espacio aséptico, poco o nada abona a la comprensión de fenómenos sociales complejos como las militancias estudiantiles y menos aún, a identificar la permanencia de su ideario en diversos espacios universitarios.

En segundo lugar, recuperamos el supuesto del investigador Daniel Lvovich (2004, p. 34) expresado en su estudio sobre los grupos nacionalistas argentinos: “el antisemitismo nos informa más sobre los antisemitas y la cultura que los engendra que sobre las características de los judíos”, en otras palabras, más allá de desmentir o desacreditar sus suposiciones y argumentos, lo relevante es comprender su código ideológico pues con ese filtro entienden el mundo y actúan en consecuencia.

En esa línea, con el fin de abonar a la comprensión sobre su visión del mundo y su actuar, nos interesa pensar los elementos del ideario murista como parte del activismo universitario en la UNAM, poniendo énfasis en sus concepciones sobre la universidad, el estudiante y los enemigos, expresadas en su periódico *Puño*, por eso la periodicidad del trabajo es 1962-1964. El artículo se divide en cuatro partes: en la primera, se ofrecen algunas coordenadas para reconocer la tradición católica anticomunista en la que se inscribía el grupo estudiantil; en el segundo capítulo se muestra un breve recorrido del actuar murista y sus características principales durante la primera mitad de los sesenta; en el tercero se analiza el ideario universitario expresado en el periódico *Puño*; y en el cuarto se exponen algunas reflexiones finales.

Una tradición: el anticomunismo católico

El “anticomunismo discreto” de las élites políticas mexicanas (MEYER, 2004) convivió con un anticomunismo católico de larga data cuyas raíces se remontan al antimodernismo decimonónico del Papa Pío IX que sufrió adaptaciones durante el papado de León XIII, específicamente a partir de la encíclica *Rerum Novarum* de 1891 en la que se mantenía el rechazo al capitalismo, el liberalismo y el socialismo, entendidos como expresiones de la modernidad anticristiana —una idea con fuertes aires conspirativos— pero se renunciaba a la lucha política para privilegiar el trabajo en el ámbito social, con énfasis en temáticas como la familia y la educación. Esta forma de catolicismo social impactó fuertemente en México, donde numerosos creyentes políticamente activos que sufrieron persecución durante la revolución mexicana asumieron como verdadera la existencia de fuerzas anticristianas coordinadas, por lo que no fue extraño que algunos de ellos asociaran la situación mexicana con el proceso ruso de 1917.

Durante los años veinte, la confrontación armada entre rebeldes católicos y fuerzas del gobierno —conocida como “guerra cristera”—consolidó el pensamiento conspirativo anticomunista de miles de católicos políticamente activos quienes, a partir de ese código, asimilaron con relativa facilidad el contenido de *Los Protocolos de los Sabios de Sión*, libelo producido por la policía zarista y ampliamente difundido por Europa, que simulaba ser las actas de una reunión de los grandes rabinos en la que exponían sus avances para destruir la civilización cristiana, mismos que incluían la creación del pensamiento moderno, el liberalismo y el comunismo con sus respectivas revoluciones (COHN, 2010).

Lejos de resultar una anécdota, este código fue reproducido por algunos jerarcas católicos y clérigos, destacando sacerdotes jesuitas, quienes lo transmitieron a diversos sectores de laicos organizados, entre los que figuraron grupos juveniles y estudiantiles. Todo esto dio forma a la vertiente integral intransigente² del nacionalismo católico mexicano y, dentro de ésta, al integrismo que fomentó la persecución contra “moderados”, así como la radicalización de organizaciones que verían en la lucha contra “la amenaza comunista” su misión de vida. No sobra apuntar que esta oposición católica

² La intransigencia hace referencia al rechazo del liberalismo como ideología dominante por parte de la Iglesia católica y, por ende, establece una imposibilidad de hacer concesiones doctrinarias. Por su parte, el integralismo es la cualidad del catolicismo de estar presente en todos los aspectos de la vida y no sólo en prácticas culturales.

radical vivió un siguiente momento álgido durante el gobierno del general Lázaro Cárdenas (1934-1940) cuya política nacionalista y de reivindicación de la justicia social fue interpretada como la versión máxima local del socialismo soviético (SANTIAGO, 2017).

Dos décadas más tarde, con esta tradición en mente, numerosos jóvenes católicos mexicanos celebraron el triunfo de la revolución cubana el 1 de enero de 1959, pues se identificaban con sus pares etarios que habían encabezado una lucha nacionalista —y anti-imperialista—, especialmente con Fidel Castro quien se rumoraba que había sido formado por jesuitas. Además, casi cualquier duda quedaba disipada ante las palabras del Arzobispo de Santiago de Cuba, Enrique Pérez Serantes:

El empeño tesonero de un hombre de dotes excepcionales, secundado con entusiasmo por la casi totalidad de sus comprovincianos, y por una parte muy considerable del pueblo de Cuba, apoyado por el esfuerzo decidido de sus valientes seguidores, principalmente de Oriente, siempre heroico y a la vanguardia de todo movimiento patriótico, han sido los caracteres con los cuales la Divina Providencia ha escrito en el cielo de Cuba la palabra TRIUNFO, en virtud del cual el Jefe máximo del Movimiento ha podido llevar de Oriente a Occidente el laurel de la victoria extraordinariamente resonante (PÉREZ, 1959, [s/p.]).

Pero pronto el optimismo se desgastó para dar lugar al rechazo absoluto. Por una parte, el gobierno mexicano encabezado por Adolfo López Mateos (1958-1964) era visto con recelo por parte de los actores católicos radicales quienes identificaban en sus acciones las “pruebas” del avance comunista: por ejemplo, en julio de 1960, el presidente declaró a la prensa que su gobierno era, “dentro de la Constitución, de extrema izquierda” (NOVEDADES, 1960, p. 1); unos meses más tarde, en el marco del nuevo proyecto educativo, el gobierno federal comenzó el reparto de libros de texto gratuitos en las escuelas públicas del país, lo que fue interpretado como una nueva versión de la “educación socialista” cardenista y derivó en una intensa campaña de oposición por parte de católicos en diversas ciudades (LOAEZA, 1988); en tercer lugar, en 1960 el gobierno nacionalizó la industria eléctrica y en la campaña oficial de promoción se asoció la imagen de López Mateos con la del general Cárdenas que había expropiado la industria petrolera en 1938.

Por supuesto, como hemos señalado, la lectura de los católicos más radicales tenía un importante basamento conspirativo, de ahí que lograra establecer asociaciones entre gobernantes, a pesar de las tendencias y divisiones fuertes al interior del partido hegemónico. Más aún, las declaraciones reiteradas de los políticos mexicanos sobre una posible influencia de la revolución mexicana en el proceso cubano y las respuestas en el

mismo sentido de sus pares desde La Habana, eran materia prima para extender los supuestos vínculos conspirativos más allá de las fronteras nacionales.

La construcción de esta red en el imaginario de católicos radicales entró en una nueva fase cuando a las acciones del gobierno mexicano se sumó la paulatina radicalización del proceso en la isla del Caribe, dando forma a un anticomunismo católico de guerra fría que encontró en un texto de Eduardo Tomás Boza Masvidal, obispo auxiliar de La Habana expulsado por el gobierno revolucionario, la confirmación de que la conspiración anticristiana estaba en marcha:

[...] ¿Qué le falta a la revolución social que se está verificando en Cuba para ser cristiana, o por lo menos para no chocar con los principios cristianos? [...] En primer lugar le falta partir de un concepto espiritualista de la vida y del hombre. [...] También le falta basarse en el amor y no en el odio y en la lucha de clases. [...] Falta el reconocimiento de la dignidad de la persona humana y la libertad de los hijos de Dios [...]. Falta el respeto al derecho natural de propiedad, indispensable para el ejercicio de la libertad individual. [...] Falta respeto a la fama y al buen nombre del prójimo. [...] Por otra parte, existe un ataque que ya es sistemático, contra los Estados Unidos y las naciones occidentales, y una amistad demasiado íntima para ser casual con Rusia y los países socialistas [...] (BOZA, 1969, [s/p.]).

Y por si todo lo anterior no bastara, en abril de 1961, en el contexto de la fallida invasión en Bahía de Cochinos por parte de paramilitares con respaldo de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos (CIA), Fidel Castro dio un encendido discurso en el que terminó por situar al proceso cubano dentro de la esfera de influencia de los soviéticos. En consecuencia, algunos obispos y clérigos mexicanos se encargaron de explicar a su feligresía que la revolución mexicana y su versión radical – el cardenismo – estaban emparentada con la revolución cubana, y ambas, con la Rusia soviética. Las fuerzas anticristianas, entonces, debían ser combatidas en cualquier ámbito, incluyendo el educativo donde se disputaban las conciencias de los próximos ciudadanos.

Los primeros pasos del MURO

En 1961, la conmemoración del asalto al Cuartel Moncada tenía una carga emotiva especial, pues apenas unos meses antes se había difundido por todo el orbe la fallida operación en Bahía de Cochinos. En ese contexto de celebración por parte de colectivos y organizaciones de izquierdas, el miércoles 26 de julio un grupo de jóvenes autodenominado “Mariano” —entre los que había estudiantes universitarios y de colegios católicos— realizaron una protesta en la explanada de la Escuela de Economía de la UNAM cuyo momento clímax fue el incendio de una imagen de Fidel Castro. Con

los ánimos exaltados, los manifestantes y sus opositores pasaron de los insultos y las consignas a los golpes.

Durante los siguientes días hubo tensión en la escuela y algunos estudiantes se organizaron para impedir el ingreso de Luis Felipe Coello Macías y Guillermo Vélez Pelayo – líderes del grupo católico – quienes, al poco tiempo, fueron expulsados de la universidad (DFS, 1961). A partir de entonces, el grupo “Mariano” se convirtió en el Comité General Pro Defensa de la Libertad de Cátedra y Expresión Universitaria cuyo objetivo central era la anulación de las expulsiones con el argumento de que se trataba de una expresión de la “infiltración comunista” en la universidad.

Pero no sólo tuvieron ese punto en su agenda, pues apoyaron al FUA que por esos días era protagonista de la disputa por la nueva Ley Orgánica en la Universidad Autónoma de Puebla (UAP), y establecieron lazos con periodistas y empresarios, así como con agrupaciones poco relevantes del espectro anticomunista mexicano (GONZÁLEZ, 2003, p. 84-85, 90-91; SALINAS, 2000, p. 89-90). Esto permitió que el reclamo fuera repetido por diversos actores, generando presión en las autoridades universitarias quienes en 1962 finalmente rebajaron el castigo a una suspensión. El triunfo fue celebrado por el grupo católico que a partir de ese momento cambiaría su nombre por el de Movimiento Universitario de Renovadora Orientación.

Aunque la aparición del nuevo grupo parecía lógica y espontánea, lo cierto es que formaba parte de un plan más amplio. En efecto, luego de que la experiencia con el FUA en la UAP fuera exitosa pues no sólo había fungido como fachada, sino que se posicionó como una fuerza hegemónica en el espectro estudiantil con gran capacidad de reclutamiento y formación, así como un enlace con otros sectores anticomunistas, sus líderes —adscritos a Los Tecos y El Yunque, dos grupos secretos católicos asentados en las ciudades de Guadalajara y Puebla respectivamente—, decidieron iniciar un ambicioso proceso de expansión en las universidades del país para confrontar lo que identificaban como la “amenaza comunista”. De esta forma, durante la década de los sesenta acrecentaron o comenzaron operaciones núcleos similares en las ciudades de León en Guanajuato, Hermosillo en Sonora, Chihuahua en el estado homónimo y muy probablemente en las capitales de Nuevo León y Michoacán (SANTIAGO, 2016).

Los jóvenes encargados de encabezar estos proyectos locales formaban parte de las organizaciones secretas donde habían sido probados, juramentados y entrenados. Una vez elegidos, recibían los manuales para reclutar nuevos militantes y conformar las agrupaciones, luego eran enviados a las ciudades donde tenían que inscribirse en la

universidad. Además, debían establecer contacto con algún aliado de las organizaciones y, sobre todo, entrevistarse con el obispo correspondiente para informarle de la misión y pedir su consentimiento. Esto último es relevante porque no todos los prelados simpatizaban con las agrupaciones de este tipo por lo que podrían convertirse en obstáculos para la misión (DÍAZ, 2012).

Una vez establecidos, los nuevos líderes rondaban escuelas preuniversitarias, colegios católicos y organizaciones de laicos en búsqueda de jóvenes creyentes a quienes abordaban lentamente. Primero los invitaban a actividades recreativas donde los observaban y posteriormente analizaban sus posiciones sobre temas diversos para luego establecer pláticas informales sobre política nacional. Los potenciales reclutas, sin saberlo, se involucraban cada vez más hasta que se descubrían en reuniones privadas donde discutían el “problema comunista” y proponían la conformación de un grupo de acción. Lo cierto es que esa experiencia no era única y que había, al menos, un grupo similar operando en otra parte de la ciudad. Esta dinámica de “células autónomas” tenía el objetivo de proteger a la organización pues si alguno era detenido, no podría delatar a los integrantes de otro grupo.³

Los nuevos militantes hacían un juramento de pertenencia y eran formados ideológicamente con charlas y lecturas, mientras eran puestos a prueba con actividades como manifestaciones y confrontaciones. Aquellos mejor evaluados, eran invitados a un grupo “más selecto” donde se les juramentaba de nuevo y se les revelaba un poco de la estructura secreta. De nuevo, lejos de ser la única versión, lo más probable es que ya existiera otro grupo en ese nivel de secrecía. No sobra mencionar que las estructuras de Guadalajara y Puebla tenían entre dos y cuatro niveles de protección.

El trabajo era lo más discreto posible y sólo se hacía evidente la presencia de estos núcleos en actividades dispersas, sin embargo, cuando había procesos políticos mayores en las universidades o confrontaciones importantes, el líder convocaba a sus jefes y estos a sus grupos quienes actuaban en coordinación. Las acciones impactaban en los militantes quienes podían sentirse acompañados y, por ende, reforzar su pertenencia a la organización o bien, asustarse y distanciarse paulatinamente (X, 2012). Sin embargo, mientras más se avanzaba en la organización, menor era el margen para renunciar, pues existía la amenaza permanente de ser considerado “traidor” y, por tanto, estar sujeto a

³ Esta táctica respondía a la experiencia transmitida entre organizaciones secreto-reservadas católicas mexicanas, pero fue un repertorio compartido con algunas agrupaciones de izquierdas latinoamericanas como la primera resistencia peronista en Argentina o la Liga Comunista 23 de Septiembre en México.

represalias dependiendo del grado alcanzado en la estructura: en los niveles más bajos, la desertión era castigada con una golpiza y el amedrentamiento frecuente que incluía amenazas de agresión sobre familiares, mientras que en los niveles medios y altos se agregaba la difamación a través de panfletos y publicaciones en prensa, en los que se acusaba a la persona de malversación de recursos, relación con el comunismo y homosexualidad. Estos mecanismos reforzaban la pertenencia al grupo tanto de quienes ejercían los castigos contra los supuestos traidores, como de aquellos que tenían miedo de ser considerados como tales. No sobra mencionar que algunos testimonios de ex militantes agredidos generaron molestias al interior de la jerarquía católica en contra del MURO, pues significaba el rebase de la autonomía seglar.

Pero el proyecto en la capital del país era especial y por eso, el líder fundador de El Yunque se mudó de Puebla para respaldar y supervisar al MURO. Y no era para menos, pues la UNAM era la mayor institución de educación superior del país y entre sus estudiantes había muchos jóvenes provenientes de otras entidades, así que se les podría reclutar y luego enviar a sus respectivas localidades para replicar el modelo (DÍAZ, 2012).

Lo anterior evidenciaba que los líderes de las organizaciones en cuestión identificaban un momento oportuno, probablemente ideológico, pero también estructural. Lo cierto es que numerosas instituciones de educación superior en México estaban viviendo un periodo de cambios derivado del aumento en la demanda de matrícula, el crecimiento demográfico nacional y la concentración de población en ciertas ciudades, todo enmarcado por el éxito del modelo económico desarrollista conocido coloquialmente como “milagro mexicano”. En efecto, aunque según el censo oficial de 1960, menos del 1% de la población —183,352 personas— (CENSO, 1960) asistía a instituciones de enseñanza profesional y subprofesional, esta cifra rebasaba considerablemente los límites pensados en décadas anteriores representando una fuerte presión para algunas universidades.

La UNAM fue el mejor ejemplo de lo anterior pues apenas en 1954 se había mudado de los edificios coloniales distribuidos en el centro histórico a la Ciudad Universitaria proyectada para 25 mil estudiantes, sin embargo ya en 1958 registraba una matrícula de 37,112 que ascendió en 1961 a 67,967 de los cuales un tercio eran de nuevo ingreso, y para 1964 había aumentado a 73,615 (ANUARIO, [s/f.], p. 17; ANUARIO, 1963, p. 10; ANUARIO, 1966, p. 14). Este crecimiento acelerado provocó una serie de problemáticas como la insuficiencia de recursos materiales, así como de

planta docente y administrativa, poniendo en crisis el proyecto y las expectativas de las autoridades universitarias.

En ese escenario, la Junta de Gobierno de la universidad designó como nuevo rector a Ignacio Chávez, médico con una trayectoria profesional sólida, reconocimiento internacional y vinculado estrechamente con la élite política nacional. Este palmarés, sin embargo, no evitó que tanto el proceso de designación como el inicio de la nueva administración estuvieran signados por los choques entre las élites universitarias, así como entre diversos grupos estudiantiles, evidenciando la relevancia de la institución como espacio de poder, los diversos proyectos de universidad en disputa y la resonancia de problemas sociales y políticos del momento en la vida universitaria. De hecho, como lo han mostrado algunos trabajos, durante los años cincuenta se vivió un intenso activismo universitario liderado fundamentalmente por la presencia de los partidos políticos más relevantes, así como de organizaciones estudiantiles que simpatizaron con movilizaciones sociales de diverso signo (DOMÍNGUEZ, 1998, p. 261-290).

Chávez encabezó la rectoría en dos periodos consecutivos —13 de febrero de 1961 al 13 de febrero de 1965 y de entonces al 27 de abril de 1966— con la clara idea de mejorar la calidad educativa de la institución pero manteniendo el control y el orden a la manera de la mecánica política promovida por el Partido Revolucionario Institucional (PRI) que representaba la fuerza hegemónica en el país. Esta visión derivó en constantes conflictos y reclamos, así como en respuestas calificadas por muchos como autoritarias, tales como expulsiones de estudiantes y el intento de cooptar a las organizaciones estudiantiles (ORDORIKÁ, 2006, p. 126-134).

En ese contexto de intensa politización atravesada por las disputas entre actores universitarios, los intereses de las fuerzas políticas nacionales y el impacto de la guerra fría a través de la revolución cubana, comenzaron labores los primeros integrantes del MURO que eran jóvenes de clase media, cuyas edades oscilaban entre 16 y 20 años, casi todos egresados de colegios católicos como Tepeyac, Colón y México, así como del Benavente de Puebla y que desarrollaban actividades como volanteos y pequeños mítines en las escuelas y facultades de derecho, economía, filosofía y letras, contaduría y medicina (DFS, 1961).

Desde el principio, los muristas pusieron la mira en los espacios institucionales de representación estudiantil como la recientemente creada Federación Universitaria de Sociedades de Alumnos (FUSA), por lo que participaron en todas las elecciones posibles. Para ello, se apoyaron en las alianzas que fueron construyendo como grupo “Mariano”,

luego Comité Pro-Defensa y finalmente MURO, destacando el respaldo económico de algunos hombres de negocios y el apoyo de otras agrupaciones católicas de jóvenes. Además, desde el principio, usaron medios de comunicación como un periódico propio denominado *Puño ¡Para golpear con la verdad!* y un espacio radial llamado “Noticiero Universitario” que se transmitía los domingos a las 11 am por XEN 690.

Todo esto, sin embargo, apenas se reflejó en algunos triunfos electorales y un tímido reclutamiento de integrantes, lo que evidenciaba un ambiente político más reacio a este tipo de propuestas y, en la mirada de los muristas, mucho más hostil. Curiosamente, el balance de los líderes de las organizaciones secretas era positivo pues, a pesar del escenario complicado en la UNAM, el MURO había logrado posicionarse como una fuerza relevante en diversas escuelas y facultades donde cuestionaban no sólo a las agrupaciones de izquierdas sino a las autoridades.

De esta forma, mientras se consolidaba el éxito del MURO en la UNAM, el FUA perdía posiciones en la UAP, por lo que los líderes de las agrupaciones mayores optaron por fundar una versión del MURO en Puebla que, empero, no logró trascender y no fue bien recibida por los fuas celosos de su espacio de acción. Este pasaje confirmaba, por una parte, que los contextos locales eran relevantes y que no siempre podrían utilizarse los mismos mecanismos, y por otra, que a pesar de la disciplina ideológica, la galaxia de agrupaciones era heterogénea (DÍAZ, 2012).

Durante 1963, la organización comenzó a crecer lentamente gracias al reclutamiento entre los estudiantes de nuevo ingreso. Esto abrió un poco el perfil de los integrantes, al menos en el rubro socioeconómico, y generó un cambio cualitativo que ya se había vivido en el FUA poblano, a saber: en un primer momento, cuando el grupo era pequeño, todos los integrantes del MURO eran parte de El Yunque, sin embargo, cuando se afiliaron nuevos militantes se creó una distinción secreta interna entre quienes formaban parte del grupo secreto mayor y quienes ni siquiera sabían de su existencia; en otras palabras, durante esta segunda etapa, ser murista no significaba necesariamente ser yunquista.

El crecimiento también incluyó nuevos contactos con grupos juveniles católicos, empresarios y organizaciones anticomunistas internacionales, así como mayor presencia en otras facultades como ingeniería, arquitectura, ciencias políticas y ciencias químicas. Por otra parte, el Movimiento pasó de acciones violentas esporádicas a un ejercicio más sistemático de agresiones físicas, aumentando su fama como grupo de choque anticomunista. Finalmente, por esas fechas, comenzó a diseñar una sección llamada

“Brecha Universitaria” que se publicaría en el periódico *Atisbos* dirigido por un ex militante cristero.

La expansión del grupo, su mayor exposición y el ejercicio sistemático de la violencia, se convirtieron en problemas para la jerarquía eclesiástica pues atraía la mirada del gobierno. En consecuencia, el arzobispo Miguel Darío Miranda emitió en septiembre una condena contra los grupos juramentados que, al ser demasiado ambigua, fue retomada por los muristas y celebrada como un ataque contra la masonería y las izquierdas (PUÑO, septiembre-octubre, 1963, p. 8). Lejos de retraerse, los muristas acrecentaron su presencia pública y dieron de qué hablar cuando el líder yugoslavo Tito visitó México y recorrió la Ciudad Universitaria, acto que mereció una protesta del MURO e incluso algunos intercambios de golpes con policías, pero el contexto ideal llegó casi al finalizar el año cuando se anunciaron las reformas propuestas por el rector para el nivel medio superior de la UNAM.

El diagnóstico de la administración encabezada por el doctor Chávez no sólo había identificado problemas administrativos, sino que consideraba urgente elevar la calidad de la enseñanza y la investigación, por tanto, lejos de lanzar un plan paliativo, se propuso una reforma integral de la vida universitaria. En esa lógica de mejora y control, las principales reformas y proyectos incluyeron el establecimiento de un examen de admisión incluso para egresados del bachillerato de la UNAM, la creación de nuevos planteles y la extensión de dos a tres años para el nivel medio superior, así como medidas disciplinarias como la baja inmediata de estudiantes que reprobaran una materia de 3 a 5 veces consecutivas. A esto se sumaron la creación de estatutos particulares para investigadores, profesores y administrativos, la promoción de numerosos concursos de oposición y la reglamentación de los estudios de posgrado (MENDOZA, 2001, p. 130). Lejos de una recepción pasiva, diversos sectores universitarios —académicos, administrativos y estudiantes— se manifestaron en contra y a favor de las propuestas, generando un complicado ambiente político que, además, empataría muy pronto con la agitación nacional de la sucesión presidencial.

En ese contexto, los muristas hicieron un despliegue de fuerzas mayor a todos los anteriores. Para entonces, la fama violenta del grupo se había extendido por todos los rincones de la institución educativa y había alcanzado a estudiantes, docentes y trabajadores entre quienes circulaban rumores sobre la naturaleza del grupo y sus posibles intenciones de desestabilizar a la universidad.

Finalmente, en agosto de ese año, Darío Miranda emitió una nueva condena mucho más enérgica y clara contra el MURO. El documento circuló en los espacios del catolicismo capitalino y llegó a la prensa, específicamente a *Crucero*, semanario dirigido por el periodista Manuel Buendía en el que se publicaron los reportajes referidos al inicio de este texto. El autor de la investigación fue el jefe de redacción Miguel Ángel Granados Chapa cuyo nombre apareció hasta la última entrega, luego de que los muristas lo evidenciaran en una respuesta burlona publicada en su periódico *Puño*. Meses más tarde, Granados Chapa fue secuestrado a las afueras de Ciudad Universitaria y llevado hasta una zona deshabitada donde lo amarraron a un árbol y lo golpearon. El hecho, de alguna forma, confirmaba la veracidad de los reportajes.

***Puño*, una ventana al ideario universitario del MURO**

Desde la fundación de la Universidad Nacional en 1910 el periodismo universitario, especialmente el estudiantil, fue de gran relevancia para la conversación pública. Las distintas tendencias dejaron plasmadas en decenas de impresos sus posturas sobre el *deber ser* universitario, opiniones muy claras sobre el actuar de las autoridades en turno y la necesaria organización estudiantil. A decir de José Luis Ortiz Chávez (2021, p. 44), el espacio cultural conformado por los impresos universitarios puede reconocerse como un foro de activismo político, mientras que su uso fue una forma de consensuar las obligaciones de la comunidad estudiantil. Esta tradición se mantuvo a lo largo de décadas, por lo que no resultaba extraño que en los años sesenta diversos colectivos estudiantiles publicaran revistas, periódicos u hojas volantes con la intención de insertarse en el debate público universitario.

Aquí se inscribe el origen de *Puño* en marzo de 1962, impreso en el que los muristas disputaron una forma de comprender a la Universidad y sus principales funciones, posicionándose como una voz disonante que presentó propuestas para “salvar” a la institución y que delineó un *ser* específico del estudiante. Desde su primer número, que constó de cuatro páginas y tuvo un tiraje de 5,000 ejemplares,⁴ los muristas establecieron una narrativa que los situaba como un producto del complejo espacio

⁴ El primer número de *Puño* supuestamente tuvo un tiraje de 5,000 ejemplares y en números posteriores la cifra bajó a 3,000. A partir de 1963, los editores señalaron que, a pesar de sus precarias condiciones económicas y el bajo impacto del cobro por ejemplar a sus lectores, el tiraje aumentaría a 10,000. No sobra mencionar que estas cifras deben ser tomadas con extrema cautela.

universitario enmarcado en un periodo de crisis y duda sobre el porvenir de la humanidad.

A lo largo de los números publicados entre 1962 y 1964, periodo en que el impreso pasó de una extensión de 4 a 8 páginas, se puede identificar una historicidad tanto en los aspectos formales como en los discursivos. En 1962 se presentaron como jóvenes capaces de reconocer que la patria y la Universidad se encontraban en peligro frente a una potencia extranjera portadora del estandarte marxista, por ello constituyeron la tribuna de papel para contribuir a restablecer la paz universitaria a través de su derecho a hablar (PUÑO, marzo, 1962, p. 2). Pero hacia mediados de 1964 sus planteamientos se modificaron reconociéndose como adolescentes que se forjaron en la lucha iniciada por ellos mismos y que ya podían presentarse públicamente como “hombres recios” que tenían la obligación de afrontar cualquier tipo de batalla que les fuera conferida (PUÑO, junio-julio, 1964, p. 8).

De igual forma, la presentación del periódico tuvo cambios notables durante este periodo. El logotipo que apareció en los primeros números era un puño derecho que golpeaba una superficie, proyectando la postura aclaratoria de su presentación pública: es un espacio para revelar la verdad sobre los sucesos universitarios. Para finales de 1963 la imagen cambió al puño derecho con un brazo fornido y desnudo que se proyecta hacia arriba violentamente, como si asestara un golpe, evocando un ataque que evidencia el reconocimiento de una estrategia bélica y ofensiva.

En el mismo periodo fueron consolidándose algunas secciones en la estructura interna, mientras que otras desaparecieron. Las más constantes fueron la “editorial” desde donde establecieron la agenda de problemas universitarios, también estaba “M.U.R.O. orienta” en la que atrajeron diferentes temas referentes a la organización de la institución como el presupuesto, la representación en el Consejo Universitario o posicionamientos sobre la necesidad de que los estudiantes tuvieran una formación cívico-universitaria. Finalmente, se mantuvo la sección “Tribuna” en la que señalaban nombres y actividades para identificar a sus oponentes en las distintas escuelas y facultades. Cabe destacar que, de vez en cuando, aparecían felicitaciones a sus aliados o simpatizantes por los espacios ganados en las representaciones estudiantiles, así como reseñas de libros y participaciones especiales de intelectuales extranjeros. Esto es relevante pues confirma que el espectro anticomunista era más amplio y que la relación con diversos grupos y personajes iba más allá de los saludos ocasionales e incluía el intercambio de textos.

Los muristas aprovecharon el espacio de *Puño* para impugnar los señalamientos que se les hicieron como agentes irracionales y de procedencia externa sin identidad universitaria. Varias de sus aclaraciones aparecieron como respuestas a sus oponentes y permitieron visibilizar los rasgos que desde su punto de vista los representaban como colectivo. Primero, se reconocieron como estudiantes inscritos en la institución, con una trayectoria de pensamiento libre, demostrando constante trabajo con disciplina en sus estudios y con un fuerte espíritu universitario. Segundo, no se veían sólo como agentes de crítica u oposición, sino como un movimiento demócrata que, a partir del pensamiento cristiano, buscaba la libertad y la verdad que debían reinar en la institución. Por lo tanto, en tercer lugar, se definían a sí mismos como agentes proactivos capaces de reconocer a quienes, manipulados por el pensamiento comunista, dañaban a la institución y su misión era expulsarlos del espacio universitario para sostener un proyecto dedicado a la cultura “sin filias ideológicas”. En este sentido, los muristas no creían en el movimiento de masas, sino en el reclutamiento sólo de aquellos pocos estudiantes dignos de confianza y que compartieran sus valores (PUÑO, octubre-noviembre, 1962, p. 2). Esto último, además, servía como excusa para su limitada capacidad de reclutamiento.

En el escenario estudiantil universitario de la UNAM, que Jaime Pensado (2014, p. 503) identifica con una predominante tendencia de “Nueva Izquierda”, se produjo una gran cantidad de mensajes que compitieron con argumentaciones dinámicas sobre las distintas formas en que debía consolidarse tanto la Universidad como la sociedad en la que estaba inserta. Frente a esa tendencia hegemónica, los muristas se ubicaron como actores legítimos de la protesta presentando interpretaciones sobre los problemas institucionales que fungieron como un transmisor de símbolos e imágenes.

El principal objeto en disputa para los muristas fue la Universidad, tal como lo expresaban los fines de su movimiento:

1. Pugnar porque la Universidad cumpla con su verdadera y única misión que es formar profesionistas capaces de honrar a la patria y trabajen para superar económica, social y espiritualmente nuestras instituciones democráticas [...]
 2. Sanear el ambiente universitario de elementos marxistas infiltrados en la cátedra, la administración y las organizaciones estudiantiles.
 3. Lograr una administración Universitaria HONESTA Y EFICIENTE [...]
 4. Formar elementos valiosos para la dirección estudiantil [...]
- (PUÑO, octubre-noviembre, 1962, p. 2).

La Universidad era su espacio natural de actuación y le asignaron el lugar como el motor y el alma de México debido a que de ella emanarían sus futuros gobernantes. Por eso, cuestiones tan cotidianas como la poca habilidad logística de las autoridades para organizar de forma ordenada el proceso de selección de estudiantes de primer

ingreso, resultaba para los muristas un ejemplo de que constantemente se lesionaba la paz universitaria (PUÑO, marzo, 1962, p. 1). Esta última era el fruto aspiracional de la cohesión de valores contenidos en la tradición humanística occidental que, al igual que su Patria, estaba amenazada por el “totalitarismo comunista” (PUÑO, mayo-junio, 1962, p. 2).

La cultura y la libertad eran los ejes que delimitaban el espacio universitario (PUÑO, julio, 1962, p. 2). La primera reconocida como elemento aspiracional con atribución neutral para lograr un conocimiento que fundamentara el progreso de la humanidad, y la segunda, fungía como el eje ordenador del espacio institucional pues crearía las condiciones para la sana reproducción de la cultura. La libertad, en consecuencia, se podía traducir como la autonomía universitaria que, a su vez, era producto de la rebeldía estudiantil.⁵ Ésta última era reconocida como una necesidad para consolidar un espacio que, si bien era producto de la sociedad, debía mantener distancia de los eventos más cotidianos y sobre todo de las necesidades políticas externas. Por eso, aunque argumentaron que la autonomía debía velar por una pluralidad de tendencias, estas se debían circunscribir a la “construcción y progreso de libertad y virtud y deben ser proscritas las ideas de retroceso, antilibertarias y específicamente las dañosas y nocivas [...]” (PUÑO, agosto, 1962, p. 3). Finalmente, en ella se contentía también la libertad de cátedra y de investigación, que describían como la máxima responsabilidad de los académicos, quienes desde sus diversas posturas deberían evitar promover el mal, la demagogia, el desorden y la conspiración, valores opuestos a la función de la Universidad.

Según los muristas, los profesores eran católicos, no católicos, marxistas y socialistas/comunistas, pero los primeros se distinguían por apegarse al ideal de libertad representado por la autonomía ya que, a pesar de sus creencias, no hacían apología de su fe, llevando a las aulas explicaciones serias y ponderadas de las teorías científicas, incluso discutiendo sus propias convicciones. En cambio, todos los demás utilizaban su espacio de poder para tratar asuntos “extraños” a la institución (PUÑO, agosto, 1962, p. 3). La libertad resumía para los muristas un espíritu racional y organizado, centro de toda actividad útil “para todo y para todos, menos para el mal y para los malvados” (PUÑO, marzo, 1962, p. 2).

⁵ En el año de 1929 le fue conferida la autonomía a la Universidad Nacional después de una intensa movilización estudiantil. Pueden revisarse al respecto los trabajos de Renate Marsiske (1998, 2006)

En estas argumentaciones sobre la universidad y su quehacer, estuvo siempre presente el lema de la UNAM, establecido por José Vasconcelos en los años veinte: “Por mi raza hablará el espíritu”. Dicho elemento identitario les permitía discurrir sobre la influencia de los denominados infiltrados comunistas en la administración universitaria, quienes de muchas formas la habían traicionado apoderándose de su materialidad, pero sin secuestrar su esencia porque:

Espíritu indica todo lo que en el hombre hay sobrenatural y es lo único valioso por encima de todo estrecho humanismo, más allá, por supuesto, de los problemas económicos que son irrecusables, pero nunca suficientes para fijar un criterio de vida noble y cabal [...] Sólo el espíritu puede explicar la ley imborrable de una cultura en constante progreso: la libertad en la investigación y la bondad del humanismo trascendente, del humanismo que mira en cada hombre un Alma que perfeccionar y no una máquina que embonar en el aparato estatal (PUÑO, junio-julio, 1964, p. 3).

Entonces, la Universidad a pesar de sus múltiples ataques, representaba el espíritu contenido en la autonomía y las libertades. Al mismo tiempo, era reconocida como una institución social, por lo tanto debía ser constantemente evaluada y también tendría que dar resultados visibles para el pueblo al que se debía y que además la sostenía económicamente. Las discusiones sobre los sueldos de los trabajadores o las constantes llamadas a revisar el presupuesto indicaban para los muristas una llamada de atención en este sentido: una universidad libre tendría que gozar de una buena administración y evitar la burocratización.

Por otra parte, la comunidad universitaria, heterogénea en sus ideas, estaba conformada por estudiantes, trabajadores, académicos y autoridades, a quienes les confirieron lugares distintos dentro de la institución social. La evaluación de los muristas era que cada uno de esos sectores estaba siendo infiltrado por agentes externos a la institución quienes buscaban convertirla en un botín político con fines opuestos a su espíritu.

Todo lo anterior se convirtió en el basamento de la lectura murista, por lo que les resultó sencillo identificar problemas estructurales en la experiencia cotidiana, logrando construir referentes situados para sus discursos. Ejemplo de esto es que en el periódico hay una permanente revisión sobre el presupuesto: en los primeros números sólo se hace referencia a la opacidad de su consulta, pero en los últimos se afirma que este fue utilizado para viajes del rector Chávez a países comunistas, así como para financiar a sus “poco inteligentes” colaboradores en la radio y televisión universitaria. De esta forma, los muristas “comprobaron” aquellas implicaciones futuras que se habían evidenciado desde los primeros escritos a través de su agenda impresa en *Puño*.

En la universidad idealizada debía formarse el estudiante que llevaría a buen puerto los principios del espíritu universitario. En ese sentido, el paso por la universidad era la última etapa de la juventud, por lo que era necesario aprovecharla, vivirla con plenitud y dinamismo (PUÑO, marzo, 1962, p. 2). La juventud era reseñada a lo largo de sus páginas como etapa de pureza y generosidad, aunque también era el momento para librar las últimas batallas antes de convertirse en hombres, por tanto, los jóvenes debían ser rebeldes y tener una serie de atributos que los convertían en verdaderos estudiantes, entre los que destacaba uno: debían reconocer al pueblo de México como destinatario de su formación y también como quien les daba el privilegio de integrarse en la institución, en este sentido era imprescindible que estuvieran bien informados sobre los acontecimientos internos y externos a la UNAM, porque sólo eso les permitiría discernir entre lo bueno y lo malo (PUÑO, septiembre-octubre, 1963, p. 2).

Al tener información sobre sus derechos y el “verdadero” estado de su contexto, los estudiantes podrían dedicarse a “estudiar, trabajar y vivir por la superación espiritual y material de la patria”, así como de la Universidad (PUÑO, marzo, 1962, p. 2). Por tanto, el joven estudiante tenía frente a sí varias responsabilidades, pero la principal era velar por la dignificación del “Templo del Saber” en el que se cultivaban los valores de los futuros constructores de la patria. Los verdaderos estudiantes, a partir de la información y el discernimiento —en clara alusión a una actitud religiosa—, podrían identificar a quienes trataban de engañarlos para desestabilizar la neutra paz universitaria. Ese gran enemigo era el llamado “totalitarismo comunista” al que los estudiantes deberían detectar, de lo contrario, su triunfo significaría la eliminación de toda posibilidad de la rebeldía estudiantil y devendrían en “esclavos” de una ideología autoritaria, tal como sucedió en la Cuba castrista (PUÑO, mayo-junio, 1962, p. 3).

Cabe señalar que en las páginas de *Puño* aparecieron también las voces femeninas, mujeres estudiantes quienes se consideraron parte de este movimiento por la revalorización de la institución educativa. En varios números pueden verse imágenes femeninas de sus oponentes, pero en uno de los últimos aparecieron dos textos escritos por militantes muristas en una sección denominada “Del Comité femenino”, entre ellos uno que se asumía como parte de la misión:

La tarea no es nada fácil, exige mantener una actitud y un esfuerzo. Una actitud humilde, objetiva y sincera. Y realizar un esfuerzo, valiente, constante, disciplinado. Tenemos que tomar conciencia de nosotras mismas, de nuestra responsabilidad como mujeres, cristianas, mexicanas y universitarias [...] Formamos parte de este Movimiento por un acto, libre y consiente en que

aceptamos nuestra responsabilidad [...] Por eso estamos dispuestos a arriesgarlo todo (PUÑO, febrero-marzo, 1964, p. 8).

Es importante anotar que si bien *Puño* se dirigía al estudiantado como lector modelo, en varios momentos reconocieron que había una mayoría que no comulgaban con su movimiento ni con sus oponentes, declarando que “no nos abrogamos la representación de toda la universidad, sólo de los estudiantes demócratas y libres” (PUÑO, mayo-junio, 1962, p. 2). Sin embargo, argumentaron que esa mayoría debía tener claro su lugar como un actor central en la vida universitaria, pues su participación era derecho y obligación al mismo tiempo. Por eso, insistieron en la idea de una dirigencia independiente y autónoma que representara en el espacio de los diversos actores a los verdaderos estudiantes comprometidos con el espíritu universitario.

Derivado de lo anterior, la propuesta de reforma a la Ley Orgánica fue una bandera que disputaron con sus oponentes, pero al ser conscientes del poco interés estudiantil, comenzaron por explicar algunos de sus apartados, especialmente lo relativo a la representación estudiantil. En ese sentido, asumieron la función de orientar en sus deberes cívico-universitarios al estudiantado y señalaron el “inadecuado e inoperante” funcionamiento del Consejo Universitario que había sido cooptado poco a poco por los “rojos” o en su caso por “gente sana” manipulada para sus exóticos fines (PUÑO, junio-julio, 1964, p. 2). La iniciativa tenía su objetivo puesto en despertar al estudiantado a través de su necesaria inserción en los espacios de toma de decisiones, quienes a partir de argumentos similares encabezaron distintas protestas por el mismo fin: una organización estudiantil representativa paritaria y con una fuerte voz en el Consejo Universitario (PUÑO, febrero-marzo, 1964, p. 1).

Como hemos advertido líneas antes, el MURO dijo surgir frente a una amenaza, un enemigo signado como “totalitarismo comunista” que no sólo aparecía como fantasma intocable en sus discursos, sino que se materializaba como su oponente en la disputa por el rumbo de la Universidad y el *deber ser* estudiantil. Una cuestión relevante es que los muristas vieron en los diversos sectores universitarios infiltraciones externas que no debían dejar pasar al espacio neutral. Para ellos, los “rojos” provenían del exterior, eran actores sin identidad universitaria y no podían ser definidos como estudiantes porque faltaban a los atributos mencionados líneas antes.

Según sus principios para la acción, el “comunismo totalitario” era un ente heterogéneo que tenía como uno de sus fines apoderarse de las instituciones de enseñanza y terminar con la libertad atribuida a la cultura (PUÑO, mayo-junio, 1962, p.

3), para a partir de ello eliminar las posibilidades de dinamismo y apertura hacia el progreso que atañen a la juventud estudiantil. En sus primeros números se advierte a las autoridades universitarias sobre los peligros de estos agentes infiltrados en la estructura de gobierno, por ejemplo, inicialmente transmitieron la idea de que se aprovecharían del prestigio del rector Ignacio Chávez, pero más adelante lo identificaron como un actor abiertamente pro-comunista (PUÑO, junio-julio, 1963, p. 7).

En diversos momentos los muristas utilizan términos homogeneizantes para referirse a sus oponentes como “la mafia comunista”, pero a través de sus argumentaciones podemos encontrar diferencias entre los grupos reunidos bajo esa categoría. Estaban los incitadores y concedores a fondo de las ideas rojas como algunos exiliados españoles que se insertaron en la administración universitaria, referencia que evidenciaba su filia por el hispanismo conservador. También aquellas víctimas de los infiltrados como los burócratas universitarios que debían seguir órdenes de sus superiores y las revistas *Siempre* y *Crucero* que los representaban. Pero quizá el grupo que más llama la atención son aquellos identificados como “manipulados” quienes ni siquiera tenían conciencia del peligro que representan sus ideas para la universidad y para la patria.

El MURO encontró como su oponente natural a los estudiantes organizados, muchos de ellos en agrupaciones simpatizantes con el socialismo y el comunismo, pero en sus primeros números se concentraron en la FUSA como aquella que lideraba el proyecto estudiantil y que, a pesar de alentar el dinamismo, era encabezada por sujetos poco inteligentes.

Según los muristas, todas estas formas en las que se visibilizaba el enemigo y el futuro caótico que se avecinaba fueron articuladas por medio de una táctica de frente múltiple que buscaría tomar por asalto a la comunidad universitaria a través del llamado “sistema de pinzas” que consistía en “presión desde ‘arriba’ con infiltrados [...] en el Gobierno; y desde ‘abajo’ por medio de motines y manifestaciones callejeras” (PUÑO, septiembre-octubre, 1963, p. 3). Si eso sucedía, según el MURO, el pueblo mexicano debía tener la tranquilidad de que no se trataba de los verdaderos universitarios.

Consideraciones finales

El Movimiento Universitario de Renovadora Orientación no surgió sólo como una respuesta al impacto de la revolución cubana en la UNAM y, en ese sentido, su

desarrollo tampoco se podría explicar cómo una reacción permanente. Por un lado, formó parte de una larga tradición de prácticas e ideas del anticomunismo católico que, a su vez, tuvo variantes internas. Una de ellas fue precisamente la de los grupos secretos entre los que hubo algunos enfocados en los jóvenes y, por extensión, en la “lucha por las conciencias” en el ámbito educativo. Esa línea específica de activismo católico integral intransigente tuvo sus propias ramificaciones y disputas internas, pero en general compartía un ideario conspirativo que le permitió consolidar una identidad militante extendida hasta el presente. Junto a esta rigidez ideológica, sus integrantes debieron desarrollar una faceta flexible y capaz de adaptarse a los diversos contextos en que actuaron.

El espacio de la UNAM, donde comenzaron su activismo los primeros muristas, se encontraba en un momento de intensa actividad política producto de las disputas internas por el proyecto de universidad, las pugnas políticas nacionales que se manifestaban a través de docentes, autoridades y estudiantes que formaban parte de organizaciones “externas” y el impacto de la guerra fría a través de la revolución cubana. El espacio político universitario, lejos de ser binario, tenía múltiples escalas y aristas, por lo que los muristas debieron ubicarse en ese complejo tablero y al mismo tiempo ganar terreno tanto a los “enemigos” como ante otros potenciales aliados anticomunistas.⁶

Ante la dificultad del entorno, su trayectoria de movilización se fue radicalizando y pasó de enfrentamientos o agresiones esporádicas a un repertorio violento sistemático. Este último y su catolicismo explícito se erigieron como los principales rasgos para visiones contemporáneas y posteriores que los caracterizaron como sujetos irracionales y ajenos al espacio universitario. Sin embargo, sus repertorios no sólo se concentraron en la acción física, sino que impulsaron una serie de herramientas para distribuir su ideario a través del periódico *Puño* y su presencia en otros medios de comunicación.

En ese sentido, mostramos que *Puño* es una ventana para conocer las múltiples prácticas, repertorios y negociaciones que los muristas, desde una posición en el espectro de las derechas, construyeron con el fin de incidir en el destino de la Universidad. La publicación se dedicó a identificar sucesos específicos, eventos, personajes y diferentes indagaciones sobre el funcionamiento de la UNAM que, para cuestiones analíticas, pueden resumirse en ideas de Universidad y el *deber ser* del estudiante. Además,

⁶ Es importante señalar que los grupos católicos y anticomunistas (no siempre sinónimos) tenían presencia en la UNAM desde inicios del siglo XX.

consideramos que su contenido editorial fue relevante pues les permitió identificarse plenamente como un actor selecto que convocó a comulgar con su causa tanto a los estudiantes como al pueblo mexicano, tomando distancia de sus repertorios violentos y evidenciando una determinada racionalidad política.

El MURO apareció en las páginas de *Puño* como una organización con claridad sobre la Universidad, el *deber ser* del estudiantado y aquellos que pusieron en peligro su “verdadero” objetivo. Se presentó como un grupo que reconoció la diversidad del espacio en el que se organizaba y que fue acechado por enemigos del orden, la libertad, la cultura y la Universidad. Ahí, en un convulso contexto, encontraban su razón de existencia. Entonces, lejos de pensarse como un ente ajeno a la institución educativa, los muristas se erigieron en *Puño* como parte de los “verdaderos estudiantes” cuyo espacio natural era la universidad misma, entendida como un elemento central de la patria mexicana. Ambas, universidad y patria, debían estar blindadas ante la amenaza extranjera.

Como se ha mostrado, resulta claro que los muristas encargados de publicar *Puño* respondían a una vertiente conservadora del catolicismo militante mexicano y, por tanto, mantuvieron una importante distancia ideológica de sus diversos oponentes. Sin embargo, no dejaron de ser “hijos de su tiempo” y de reconocerse como parte activa de una institución educativa, por ende, compartieron con sus contemporáneos repertorios —como la publicación de un periódico estudiantil— y significantes con otros contenidos: la rebeldía juvenil, el nacionalismo anti-imperialista, la problemática de la representación estudiantil, la duda sobre el actuar de las autoridades universitarias y, en síntesis, la idea de que la universidad, como espacio selecto de la sociedad, estaba bajo permanente asedio de fuerzas ajenas. Así, lejos de verlos como un apéndice de la efervescencia juvenil en la universidad (GONZÁLEZ, 2011), se les debe pensar como parte constitutiva de ese magma social.

Finalmente, entendemos “derecha” como un espacio histórico —con cambios y continuidades— de la geometría política, definido por la defensa de privilegios sustentada en una concepción teológica o pseudo-científica de la diferencia entre los seres humanos. La distancia entre los moderados y la extrema estaría definida por el reconocimiento del “otro” como oponente político o la búsqueda de su exterminio, respectivamente. Por otra parte, la historicidad misma de este espectro ideológico y el carácter multi-situado de sus actores permite pensar en familias y ramas, por lo que asumimos el uso del término en plural (BOBBIO, 2014; BOHOSLAVSKY y BOISARD, 2016).

Por lo anterior, en un afán explicativo, consideramos que la caracterización del MURO como extrema o ultraderecha no puede depender de su carácter religioso, la secrecía de sus líderes, su ejercicio de la violencia y su aparente irracionalidad. Por el contrario, consideramos que se debe atender a la tradición ideológica que subyacía a sus postulados y los diversos repertorios que desplegaron durante su existencia. En ese sentido, podríamos pensar que los muristas, sin abandonar el campo de las derechas, navegaron permanentemente entre el extremo y la moderación porque así lo exigía el espacio político universitario, pero esto es materia de otro estudio.

"PARA O MÉXICO E SUAS UNIVERSIDADES": O PUÑO DO MOVIMENTO UNIVERSITARIO DE RENOVADORA ORIENTACIÓN (MURO) NA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO (UNAM), 1962-1964

Resumo: O presente artigo analisa o jornal *Puño* publicado na primeira metade dos anos 60 pelo Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), grupo católico anticomunista que atuou por mais de duas décadas na Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Argumentamos que o conteúdo da publicação inclui uma série de ideias sobre a universidade, estudantes e adversários, no que se afasta da violência física característica do grupo e matiza a ideologia radical de seus militantes como estratégia de aproximação com a comunidade estudantil.

Palavras-chave: UNAM. Dereitas. Universidade. Anticomunismo católico. Movimento estudantil. Politização estudantil.

"FOR MEXICO AND ITS UNIVERSITIES": THE PUÑO OF THE MOVIMIENTO UNIVERSITARIO DE RENOVADORA ORIENTACIÓN (MURO) AT UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO (UNAM), 1962-1964

Abstract: This paper analyzes the newspaper *Puño* published during the first half of the sixties by the Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), an anti-communist Catholic group that operated for more than two decades at the Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). We argue that the content of the publication includes a series of ideas about the university, students and opponents, which distances itself from the physical violence characteristic of the group and it, nuance the radical ideology of its militants as a strategy of approach to the student community.

Key words: UNAM. Right-wing ideology. University. Catholic Anti-Communism. Student movements. Student politicization.

Referencias

ALCÁNTARA Navarro, Mónica. **Cúcara mácara, el muro fue: del pacto de los remedios a la Virgen del Siquitibum**. Tesis licenciatura en Historia, México - Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 2016.

ANUARIO ESTADÍSTICO. 1959. México: UNAM, [s/f.].

_____. 1961. México: UNAM, 1963.

_____. 1964. México: UNAM, 1966.

BOBBIO, Norberto. **Derecha e izquierda**. México: Taurus, 2014.

BOHOSLAVSKY, Ernesto y BOISARD, Stéphane. **Las derechas en América latina en el siglo XX: problemas, desafíos y perspectivas**. Nuevo Mundo Mundos Nuevos. 2016. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/68802>.

BOZA Masvidal, Eduardo. ¿Es cristiana la revolución social que se está verificando en cuba? La Habana, 30 de octubre, 1960.

BUENDÍA, Manuel. **La ultraderecha en México**. México: Ediciones Océano, 1984.

CASTRO, Fidel. Discurso pronunciado por Fidel Castro Ruz. La Habana, 16 de abril, 1961.

CENSO GENERAL DE POBLACIÓN, 1960. México, 1960.

COHN, Norman. **El mito de la conspiración judía mundial**. Los Protocolos de los Sabios de Sión. Madrid: Alianza Editorial, 2010.

CRUCERO. Católicos en lucha contra grupos secretos. México, 11 de octubre. 1964a.

DELGADO, Álvaro. **El Yunque**. La ultraderecha en el poder. México: Grijalbo, 2003.

DFS. **Informe en Versión Pública** de la Dirección Federal de Seguridad sobre Coello Macías Luis Felipe. México: Archivo General de la Nación, 28 de junio. 1961.

DÍAZ Cid, Manuel Antonio (segundo presidente del FUA y militante de la Organización Nacional del Yunque). Entrevista con Mario Virgilio Santiago Jiménez. Puebla, Puebla, 20 de febrero. 2012.

DOMÍNGUEZ, Raúl. El perfil político de las organizaciones estudiantiles durante la década de 1950. In: MARSISKE, R. (Coord.). **Los estudiantes**. Trabajos de historia y sociología, México: CESU-UNAM/ Plaza y Valdés, 1998, p. 261-290.

GONZÁLEZ M., Silvia. La lucha cultural de los estudiantes en los sesenta. In: GONZÁLEZ, S. y SÁNCHEZ, Ana (coord.). **154 años de movimientos estudiantiles en Iberoamérica**. México: UNAM, 2011. p. 289-308.

GONZÁLEZ R., Édgar. **Muro, memorias y testimonios: 1961-2002**. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2003.

GUERRERO Medina, Ariadna. **La reactivación de la derecha universitaria en México: el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), 1962-1970**. Tesis de licenciatura en historia - Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 2012.

HERRÁN Ávila, Luis Alberto. Las guerrillas blancas: anticomunismo transnacional e imaginarios de derechas en Argentina y México, 1954-1972. **Quinto Sol. Revista de Historia**, v. 19, n. 1, p. 1-26, enero-abril, 2015.

LOAEZA, Soledad. **Clases medias y política en México**. La querrela escolar, 1959-1963. México: El Colegio de México, 1988.

LVOVICH, Daniel. **Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina**. Buenos Aires: Ediciones B, 2003.

MARSISKE, Renate. Antecedentes del movimiento estudiantil de 1929 en la Universidad de México: actividades y organización estudiantil. *In*: MARSISKE, R. (Coord.). **Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina III**. México: Centro de Estudios sobre la Universidad / Plaza y Valdés, 2006, p. 141-178.

_____. Crónica del Movimiento Estudiantil de México de 1929. **Revista Historia de la Educación Latinoamericana**, n. 1, p. 35-62, 1998.

MENDOZA Rojas, Javier. **Los conflictos de la UNAM en el siglo XX**. México: UNAM / Plaza y Valdés, 2001.

MEYER, Lorenzo. La Guerra Fría en el mundo periférico. El caso del régimen autoritario mexicano. La utilidad del anticomunismo discreto. *In*: en SPENSER, D. (coord.). **Espejos de la Guerra Fría**. México: América Central y el Caribe. México, Miguel Ángel Porrúa Editores, Secretaría de Relaciones Exteriores, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2004. p. 95-117.

NOVEDADES. Somos de extrema izquierda, dentro de la Constitución: ALM. México, 2 de julio, 1960.

ORDORIKA, Imanol. **La disputa por el campus**. Poder, política y autonomía en la UNAM. México: UNAM / Plaza y Valdés, 2006, p. 126-134.

ORTIZ Chávez, José Luis. **El periódico mural *La Huelga***: prácticas periodísticas y acción política en la universidad nacional durante la década de 1920. Tesis de licenciatura en historia - Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 2021.

PENSADO, Jaime M. 'To Assault with the Truth': The Revitalization of Conservative Militancy in Mexico During the Global Sixties. **The Américas**, v. 70, n. 3, p. 489-521, enero 2014.

PÉREZ Serantes, Enrique. Vida Nueva. Santiago de Cuba, 3 de enero, 1959

PUÑO. ¡Para golpear con la verdad! Marzo, 1962.

_____. ¡Para golpear con la verdad! Mayo-junio, 1962.

_____. ¡Para golpear con la verdad! Julio, 1962.

_____. ¡Para golpear con la verdad! Agosto, 1962.

_____. ¡Para golpear con la verdad! Octubre-noviembre, 1962.

_____. ¡Para golpear con la verdad! Junio-julio, 1963.

_____. ¡Para golpear con la verdad! Septiembre-octubre, 1963.

_____. ¡Para golpear con la verdad! Febrero-marzo, 1964.

_____. ¡Para golpear con la verdad! Junio-julio, 1964.

SALINAS Price, Hugo. **Mis años con Elektra**. México: Editorial Diana, 2000.

SÁNCHEZ Gudiño, Hugo. **Génesis, desarrollo y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM (1930-1990)**. México: UNAM / Miguel Ángel Porrúa, 2006.

SANTIAGO Jiménez, Mario Virgilio. Las revoluciones rusa y mexicana en la visión conspirativa de grupos secreto-reservados mexicanos: Tecos y El Yunque (1934-1964). **Claves. Revista de Historia**, n. 5, p. 101-127, julio-diciembre, 2017.

_____. **Entre el secreto y las calles**. Nacionalistas y católicos contra la ‘conspiración de la modernidad’: El Yunque de México y Tacuara de Argentina (1953-1964). Tesis de doctorado en Historia moderna y contemporánea – Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 2016.

_____. Anticomunismo católico. Origen y desarrollo del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), 1962-1975. In: COLLADO, C. (coord.). **Las derechas en el México contemporáneo**. México: Instituto Mora, 2015. p. 187-254.

TORRES Alamilla, Blanca Esthela. La prensa estudiantil como objeto de estudio. En el caso del periódico *Puño* y la revista *Combate*. In: GONZÁLEZ, S. y SÁNCHEZ, Ana (coord.). **154 años de movimientos estudiantiles en Iberoamérica**. México: UNAM, 2011. p. 139-156.

_____. **La prensa estudiantil universitaria en la década de los sesenta**, el caso de *Puno* y *Combate*. Tesis de licenciatura en historia - Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 2009.

X (ex militante del MURO). Entrevista con Mario Virgilio Santiago Jiménez. Ciudad de México, 14 de marzo. 2012.

SOBRE OS AUTORES

Mario Virgilio Santiago Jiménez es doctor en Historia Moderna y Contemporánea por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora; profesor-investigador del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Denisse de Jesús Cejudo Ramos es doctora en Historia Moderna y Contemporánea por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora; investigadora en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Recebido em 31/03/2021

Aceito em 07/06/2021